

CATALUÑA / CATALUNYA / CATALONHA

¡YO TAMBIÉN QUIERO DECIDIR! / ¡JO TAMBÉ VULL DECIDIR! / ¡JO TANBEN VOI DECIDIR!



Salvador Dalí: "Feria de Figueras"

Agapito de Cruz Franco

CATALUÑA / CATALUNYA / CATALONHA

¡YO TAMBIÉN QUIERO DECIDIR! / ¡JO TAMBÉ VULL DECIDIR! / ¡JO TANBEN VOI DECIDIR!

AGAPITO DE CRUZ FRANCO

*Al que fuera presidente del Gobierno de España,
el catalán Frances Pi i Margall*

© AUTOR:

Agapito de Cruz Franco

© EDICIÓN:

Del propio autor

DISEÑO, MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN:

Tipografía García S.L. - La Perdoma - La Orotava - Tenerife

E-mail: cristod@tipografiagarcia.com

DEPÓSITO LEGAL:

TF 898 - 2014

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico o informático, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

1.- Introducción / Introducció / Entratge	9
2.- La lengua / La llengua / Era lengua	12
3.- La bandera / l´senyera / Era banéra	17
4.- Los Segadores / Els Segadors / Es Segadors	20
5.- El Día de Cataluña / Diada de Catalunya / Eth Dia de Catalonha ...	28
6.- España y Cataluña / Espanya i Catalunya / Espanha e Catalonha ...	35
7.- La economía / L´economia / Era economia	44
8.- Una película surrealista daliniana / Una pel·lícula surrealista daliniana / Ua pellicula surrealista daliniana	46
9.- Yo también quiero decidir / Jo també vull decidir / Jo tanben voi decidir	48



El autor en la Barcelona de 1976,
caricaturizado por "Pies Negros" en el Passeig de Gràcia

1.- Introducción / Introducció / Entratge

No quiero ser ajeno al debate catalanista actual y por tanto, voy a exponer durante varios apartados lo que pienso del mismo. Para ello, he troceado la exposición, con el fin de que se entienda mejor y para que quien quiera debatir lo haga de una manera más fácil.

A propósito de las naciones estado, Max Weber fue el sociólogo que acuñó el pensamiento de que una nación es una comunidad imaginada. No es algo natural, sino ficticio. Una construcción artificial donde la fuerza, el poder y muchas veces la mentira, son siempre elementos connaturales a la misma. Pero si esto es fácilmente rastreable en cualquier nación-estado del mundo ("España es una ficción violenta" declaró una vez un anarquista valenciano), en el independentismo catalán son una obra de arte en el sentido de cómo pervertir la realidad.

No pretendo ir ni a favor ni en contra de nadie. Estudié en Barcelona, ciudad a la que quiero un montón; una urbe cosmopolita y en absoluto nada nacionalista. Poseedora de una variedad lingüística, cultural, económica, religiosa, social y política especial y única, donde confluyen una pluralidad de múltiples identidades, que pretenden ser barridas desde hace años por el pensamiento único de la estelada o bandera independentista.

Barcelona es una ciudad abierta al mar y, en mi opinión, algo muy diferente a la Catalunya interior. Allí viví unos años maravillosos de juventud. En esta ciudad fue donde comencé a trabajar en la educación, primero en el C.P. Durán i Bas –nombre del ministro catalán español de Gracia y Justicia durante la regencia de la Reina María Cristina y de cuyos escritos bebe en gran medida el derecho civil español– en Les Corts. Estaba en el espacio físico donde se ubicaba el primer campo del Barça, el equipo fundado en 1899 por el suizo Joan Gamper con los colores blau y grana de la logia masónica que existía en el mismo lugar y nada que ver con los colores y el politicismo en que este club deportivo se ha transformado. Luego en Montcada i Reixach y, por último, en el C.P. Virrey Amat (en honor al catalán y antiguo virrey español del Perú) unas calles más allá de la Barceloneta.

Mi primer sueldo me llegó a través de La Caixa, y mi primera cartilla, que data de 1976 –la cual guardo aún como una reliquia capitalista– la hice en la sucursal de Les Corts. Mis alumnos y compañeros de profesión de entonces eran en buena parte catalanes –en otra buena parte no, debido al cosmopolitismo y señas de identidad de Barcelona–. Cuando hablaban entre ellos en catalán, y llegaba alguien que no lo entendía, por cortesía cambiaban al español, aunque en mi caso, les indicaba que continuaran pues, aunque no hablaba el catalán, lo entendía perfectamente.

Evolucioné con el mundo libertario barcelonés como horizonte, observando las luchas anarquistas de la transición, los temores ante octavillas y panfletos que se acumulaban en los pisos de alquiler donde uno vivía entonces medio en comuna, aquellos primeros amores urbanos, las carreras por Las Ramblas ante las embestidas de “los grises”, y esos refugios temporales que constituían las tiendas y los bares, en donde como si fueran iglesias, la policía evitaba entrar. En ellos, al jamón de pata asado lo conocían como “jamón canario” (no sé si el fundamentalismo nacional-catalanista actual lo habrá cambiado de nombre o pondrá alguna multa por llamarlo así a causa de la inmersión lingüística).

Todos apoyábamos aquel “catalá si us plau” para que una de las dos lenguas vehiculares que había sido reprimida por el franquismo, volviera a su lugar en ese bilingüismo maravilloso que impregnó siempre a Cataluña y, pintábamos por las paredes lemas como “Libertad, amnistia i estatut de autonomia”. Incluso me llegué a sonreír cuando a mi nombre le quitaron la “o” al matricularme en Sociología en la Escuela Superior de Sociología de Barcelona, antes de convertirse en facultad y que dependía de la vieja Diputación, porque en catalá yo era Agapit.

Pedagógicamente me eduqué en un tiempo, cuando la pedagoga Rosa Sensat ocupaba el espacio más avanzado en la educación; en el que “San” Xirinachs se sentaba a protestar por los presos políticos a las puertas de la cárcel Modelo y al que acompañábamos a la salida de clase ya que la Escuela Normal de Magisterio de la calle Melchor de Palau estaba al lado y era un tío encantador. Era la década de 1970.

Por eso cuando en las Navidades de 2013 fui con Mila, mi compañera, a Barcelona, se me cayó el alma a los pies al encontrarme con una ciudad diferente, extraña, aunque siempre con ese halo cosmopolita que no logra

romper la ideología dominante. Creo sin embargo que algún día volverá a ser ella misma y que recuperará el terreno que ha perdido a causa de la manía de algunos por poner muros y fronteras. Por lo menos eso intuí cuando la taquillera –catalana hasta la médula– de un cine muy importante de la ciudad, a mi pregunta sobre si una película –que no queríamos dejar de ver– la proyectaban en catalán, nos dijo con una mirada cómplice: “Siempre en español. La Generalitat nos exige que proyectemos el 30% de las películas en catalán, pero nos las apañamos para hacer la vista gorda, sino el negocio se va a pique”. Barcelona es bona si la bolsa sona.

Al hablar de Cataluña, entiendo que lo primero es respetar la historia. Y esta ni ha sido ni está siendo respetada. Se ha llevado y se está llevando a cabo una manipulación descarada y maniquea. Y se ha hecho y se hace con el fin de enfrentar, de dividir, no de liberarse de algo. La nación-estado no trae la liberación. Si acaso, esta vendría dada por la desaparición del estado. Cuestión en la que quienes van más avanzados en esta tarea son el ecologismo –por su concepción de la vida con el planeta como “oikós” o casa común– y, curiosamente, el capitalismo que, aunque cree una esclavitud ecuménica, está consiguiendo en la era de la globalización, convertir el estado en empresa y, al entrar este en su engranaje, debilitarlo en beneficio de las multinacionales y de la economía mundial más allá de él. Cuestión que lo obliga a crear grandes infraestructuras políticas como la UE, por poner un ejemplo.

Desgranaré a continuación lo que pienso de la lengua, la bandera, el territorio, la historia, los eventos nacionales como la Diada o Els Segadors, las estrategias del independentismo nacional catalanista y un poco de humor daliniano. Pero para no cansar, eso será poco a poco.

Agapito de Cruz Franco

La Orotava, Islas Canarias (Macaronesia)

2.- La lengua / La llengua / Era lengua

La lengua de Cataluña no era lo que hoy conocemos por catalán sino un conjunto de variedades provenientes del latín, como el provenzal o el lemosín propio del sur de Francia y condados de la Marca Hispánica, además de variados dialectos. Parece ser que la lengua catalana se llamó oficialmente “llemosí” hasta la segunda mitad del siglo XIX. Algunos apuntan que el idioma hablado en la franja del levante español, el valenciano, fue introducido en Cataluña por el rey Jaime I –que escribía en limosín, el idioma de Limoges– tras las conquistas de estos reinos del sur y que este lo impuso en Cataluña, con lo que el catalán procedería del valenciano. Hay otros lingüistas que afirman que en realidad tanto el barceloní o catalán actual, como el valenciano, fueron lenguas paralelas.

Desde luego lo que no es científico es el invento catalanista en su proceso de construcción-invencción nacional de que el valenciano es el catalán llevado allí por ellos al conquistar ese territorio. Y que lo que se habla en el País Valencià es el catalán. Esto no solo es falso, sino que además, es mentira. Cataluña no conquistó el Levante a los árabes. Lo hicieron Aragón, Extremadura y Castilla, y las repoblaciones humanas añadidas a la sociedad originaria se hicieron con gentes de Aragón y Castilla principalmente. Además está el Tratado de Corbeil de 1258 entre el rey francés Luis IX y Jaime I, por el que se ceden mutuamente los condados de uno y otro territorio. Este tratado se firma veintinueve años después de la reconquista de Mallorca y veinte de la del Reino de Valencia, con lo que en esa época Cataluña no existía y menos aún los fantásticos “països catalans”.

Por otro lado, el delta del Ebro y Tarragona no formaron nunca parte de los Condados Catalanes. Era una zona intermedia que aislaba a ambas comunidades y que nada tenía que ver con los Condes de Barcelona.

El descarado intento pancatalanista de suplantar el valenciano –y el aragonés y el balear– viene ya desde el siglo XIX y se adentra en el XXI. En palabras de los lingüistas (ver www.lenguacatalana.com), toda una “agresión del catalán (dialecto barceloní), elevado a la categoría de lengua por los laboratorios fabrinos de principios del siglo XX, convertido en instrumento de ideologización doctrinal de las nuevas generaciones valencianas y usado como idiolecto de suplantación de nuestra muy documentada lengua valenciana. Un dialecto barceloní utilizado como instrumento de dominio y de poder por la todopoderosa burguesía político/editora catalana, siguiendo las más

refinadas técnicas totalitarias de control mental (escuela + profesores + libros + medios de comunicación)”. Para continuar afirmando que “a diferencia de la lengua valenciana, que existió como lengua normalizada desde su Siglo de Oro de la Literatura Valenciana (XV), con plena autonomía léxica, fonética, morfosintáctica y semántica, perfectamente estructurada en gramáticas y diccionarios propios y escrita por centenares de autores, el catalán actual fue siempre un mosaico de dialectos procedentes del provenzal, que todavía no estaban “standarizados” a principio del siglo XIX. Sobre el sustrato lingüístico del dialecto barceloní, (el más impuro pero el más ampliamente hablado), se creó en 1906 el catalán moderno: un producto artificial de laboratorio –plagado de galicismos y arcaísmos– que, desde entonces, intenta imponerse, por la fuerza de la ideología, a base de la aniquilación del valenciano”.

El jesuita Padre Batllori (1909/2003), historiador catalán, académico de la Real Academia de la Historia, Premio Príncipe de Asturias 1995 y Doctor Honoris Causa por 11 universidades catalanas, llegó a decir que “el catalán de Barcelona que se intenta imponer en Valencia es un dialecto infame e infecto”, según recoge en su libro: “Lengua valenciana, una lengua suplantada”, M^a Teresa Puerto Ferré.

Este proceso de colonialismo lingüístico arranca de 1874 cuando el caciquismo defenestra a personajes de la Reinaxença catalana de la talla de Aribau o Milá y Fontanals para poner a sus adeptos del naciente nacionalismo en la Real Academia de las Bonas Lletres de Barcelona. Sería rematado en 1906 por Pompeu i Fabra transformando el barceloní en catalán y arrinconando al resto de dialectos de Cataluña o lenguas colindantes. El catalán va a ser el vehículo por el que imponer una ideología y sobre el que expandir por intereses económicos, un fantástico país que llega con la democracia como tapadera y transformado en sueños de falsa liberación hasta el 9-n de 2014.

Mallorca y las Islas Baleares será otra comunidad, junto con Valencia y Aragón principalmente, que va a sufrir este colonialismo lingüístico. En Les Illes tras trescientos años de ocupación musulmana continuaron con su lengua procedente del latín, mas los aportes del árabe, como en las demás partes del territorio peninsular. La imaginiería catalanista insufló la idea en el presente siglo de que fueron ellos quienes llevaron allí ese idioma con la conquista de las Islas por Jaime I. Pero la conquista duró tres meses y solo el 2% de las tropas procedían de Cataluña.

Durante la Alta Edad Media se fueron perdiendo en la Península Ibérica muchas lenguas que surgían en el proceso de descomposición del idioma de

los romanos, como por ejemplo el leonés, en beneficio del castellano. Entre todas ellas, esta última, la lengua castellana, se extendería hacia todo el resto a causa de dos razones: por ser la “lingua franca” en la que se entendían reinos con hablas diferentes al ser hablado en el centro peninsular y ser el nexo entre todos ellos, y por ser la elegida por Alfonso X el Sabio para la corte, que provocó que las demás cortes legislaran también en la lengua de moda elegida por este monarca. Entre ellos, los Condes de Barcelona, los cuales emitieron decretos para Cataluña ya en esa época antigua en castellano.

Aunque el catalán con todos sus dialectos es propio de Cataluña, el castellano convivió con él desde los inicios de este y, por tanto, las lenguas habladas en esa zona desde tiempos antiguos han sido siempre dos: el castellano (luego transformado en el español al pasar el castellano a América y desaparecer como tal idioma medieval por el influjo de otras lenguas) y el catalán con todos sus dialectos. Cataluña es y ha sido siempre, desde sus orígenes, bilingüe.

El aporte, no de Cataluña, sino de la corriente nacional-catalanista, de que su idioma exclusivo es el catalán y que se extendió hacia lo que ellos llaman en un ejercicio neo-imperialista “països catalans” es falso. Es un invento. No tiene nada que ver con la verdad y la realidad, y sí mucho con el proceso de invención artificial de una nación-estado.

La política catalanista en cuanto a la lengua, también se ha ejercido contra el Aragón limítrofe con Cataluña, donde a los pueblos de las diferentes variedades lingüísticas aragonesas o lapao se les ha estado regalando desde Cataluña los libros de texto de las escuelas en catalán, en ese desmedido afán por extender su influencia hacia unos pueblos que no hablan esa lengua y confundirlos. Según el filólogo Enrique Badía (que además ha sido alcalde muchos años de una de estas poblaciones, Fonz), dentro de estas variedades lingüísticas aragonesas tenemos el ribagorzano que se habla desde Fonz hasta Campo y que no es del tronco aragonés-catalán sino del aragonés-castellano, incluso más antiguo que el castellano del “Mío Cid”, y que documenta en un trabajo comparado (características del ribagorzano son, por ejemplo, la transformación desde el latín de la ct en ch, la t´s en z o la pla en pll). Incluso a partir de Benasque la influencia ya es francesa. Con él está el chapurriau que es un lapao de la zona de Teruel y que no es catalán. Luego estarían las variedades más orientales donde se mezclan variedades aragonesas y catalanas (no del catalán barceloní) y que se nombran según los pueblos: tamaritano, etc. Y por último el propio aragonés, que en realidad es un “neoesperantoaragonés” creado en laboratorios universitarios pero no hablado.

Algo similar pasa con el aranés, el idioma propio del Valle de Arán. El aranés u occitano-aranés no es catalán, sino un idioma, otro de los que se hablan en la Península Ibérica y que hay que proteger. Es el idioma propio de esa región, que por otro lado viene reivindicando su autonomía, pues no es Cataluña. Incluso hay sectores de Arán que reivindican su pertenencia a Aragón, ya que fue aragonesa hasta 1833 cuando se crea la provincia de Lérida. De hecho, bajo el lema: “Aran non ei Catalonha”, hablantes de la lengua occitana aranesa se quejan del colonialismo catalán en su territorio y manifiestan en su propio idioma que: “Era ocupacion dera Val d´Arán per part dera Generalitat de Catalonha a comportat ua prohonda involucion a toti e niveus: retallada de libertats, creishement deth deficit fiscau d´Aran; augment deth cost dera vida plan superior as actualizacions des jornaus e pensions; imposicion deth catalá; imposicion de ua policia catalana dita mossos d´escuadra que non respecte as aranesi; belligerancia contra es nosti drets istorics; usurpacion des drets comunaus des nosti bosquis; manipulacion dera identidad aranesa; negacion de un Estatut enta Aran.”

Como apuntaba anteriormente, tras la caída de Roma el año 476, la evolución del latín vulgar en toda la franja mediterránea española y francesa produjo múltiples lenguas. Según el lingüista Ángel B. Balet, en el Levante de la Península Ibérica se dan las siguientes lenguas romances: “aptitxat, meridional, alicantí, mallorquí (de Tarbena i la Vall Gallinera), valencià, murciá (desaparecido), ribagorçà, pallarès, lleidatà, tortosí, matarranya, maestrat, castellonenç salat de la Costa Brava, barceloní, tarragoní, xipella, mallorquí, menorquí, eivissenç. A las que hay que añadir el chapurriau de la franja oriental de Aragón, *que forma junto con otras variedades aragonesas el hoy* (las cursivas son mías) llamado lapao (lengua aragonesa propia del área oriental). A estos dialectos, localizados en España hay que añadir todas las variantes de la lengua occitana, localizadas en el sur y centro de Francia, que tienen las mismas características de las españolas, entre ellas el limosín (Limoges), el aranés, el gascón, el provenzal (la lengua de los trovadores) etc.”.

Ninguna de estas lenguas tiene preferencia a erigirse sobre las demás. Es la burguesía nacionalista de la segunda mitad del XIX con el Romanticismo y la Reinaxença cultural y literaria y sobre todo a comienzos del siglo XX, el que las manipula, nombrando catalán a una de ellas, el dialecto barceloní, para usarla como elemento de separación y división y falsear la realidad. Pero la única realidad es que estas lenguas romances están muy fraccionadas y son distintas, por lo que la lengua que como tal más se habla en Cataluña es el español, continúa diciendo el lingüista. El falso idioma catalán no tiene por tanto ningún derecho a apropiarse de lenguas que no le pertenecen y que además están en

países diversos. Incluso la “Reinaxença” catalana llegó tarde, nada menos que un siglo después que la valenciana que tiene lugar con Carles Ros a mediados del XVIII, a diferencia de la anterior que se produce a mediados del XIX con Aribau.

El franquismo fue uno de los responsables de la dictadura lingüística que se vive actualmente en Cataluña. De hecho la política totalitaria que tenía el franquismo de represión del catalán –con matices pues en 1959 declaró, por presiones, al valenciano y al balear dialectos del catalán, una decisión política nada lingüística– es la misma que actualmente tiene el nacional-catalanismo respecto al español, un idioma universal hablado en medio mundo, pero que en este proceso, este sector identifica con España, cuando nada tiene que ver. De hecho, del total de hispanohablantes del mundo, solo el 9% están en España. Las políticas de inmersión lingüística dirigidas desde la Generalitat de Cataluña, son lo más parecido a la ley del “only english” del Tea Party de extrema derecha norteamericano, y que echó abajo el Partido Demócrata. Según esta ley, todo el mundo tenía que hablar en USA inglés, al tiempo que se reprimían otros, principalmente el español, hablado ya por más de 50 millones de estadounidenses.

Esta política lingüística –volviendo a Cataluña– tiene tintes xenófobos, hasta el punto de que el vocablo “castellá”, viene a ser un insulto en boca de el fundamentalismo nacionalista. O que en el sistema de traducción informático simultáneo de la Generalitat, haya traducciones del catalán a todos los idiomas menos al español. Exactamente lo mismo que se dio en la exposición en la Navidad de 2013 en el Palacio del Tinell, en la Plaça del Rei, en el barrio Gótico de Barcelona, sobre 1714 y la Guerra de Sucesión. En dicha expo aparecían vídeos hablados en catalán y traducidos al italiano y al inglés pero no al español, con lo cual, los hispanohablantes que pasaban por allí, de esos 500 millones que existen en el mundo, se quedaban a dos velas.

Este complejo de inferioridad, mezclado con cierto racismo lingüístico, es el mismo que anima a ese sector social catalanista que no hace mucho llamaba despectivamente “charnegos”, a quienes procedentes de otras partes de la Península –principalmente andaluces–, se asentaban en Cataluña (no olvidemos que personajes públicos de la talla del futbolista Xavi Hernández o la líder política Carme Chacón, tienen este origen). La ley de inmersión lingüística –que merecería capítulo aparte– si se llevara a cabo en Canarias, por ejemplo y aplicada en este caso al español, haría rico al gobierno canario, solo con el ingreso que iba a tener este por las multas a los negocios rotulados –sobre todo en zonas turísticas– en otro idioma que no fuera el oficial de Canarias.

3.- La bandera / L´senyera / Era banéra

Hablemos de la bandera, señera o senyera. La enseña que representa a la Comunidad Autónoma Catalana, no es la de Catalunya sino la del Reino de Aragón, concedida al mismo por el Papa. Según el historiador Guillermo Fatás Cabeza y el catedrático de la Institución Fernando el Católico, dependiente del CSIC, Guillermo Redondo “el emblema de las barras de gules en campo de oro proviene de la temprana vinculación del Reino de Aragón con la Santa Sede, y está inspirado en el viaje que Sancho Ramírez (1064-1094) hizo a Roma en 1068 para consolidar el joven Reino de Aragón, ofreciéndose en vasallaje al Papa, documentado incluso en la cuantía del tributo de 600 marcos de oro al año. El escudo real recogería los colores propios del Papado presentes en las cintas de lemnisco de los sellos de la Santa Sede, y son visibles hoy todavía en la umbrella vaticana”. Este origen aragonés también lo documenta Juan Montsó, valenciano, quien afirma que el Rey de Aragón tomó estos colores a partir del Papa, el cual ya utilizaba este distintivo, afirmando que: “Cuando el Reino de Aragón se constituye en Reino independiente del de Pamplona, Sancho Ramírez se enfeuda a la Santa Sede para legitimar su trono en 1089. Este sería el origen de las barras de Aragón. Aún hoy en los Estados Pontificios se usa esta bandera, teniendo los mismos colores el conopeo o distintivo papal”.

Los territorios del Reino de Aragón, que se extendía por gran parte del oriente peninsular y varias islas del Mediterráneo, al evolucionar hacia nuevos tiempos recogieron la señera de Aragón. Eso sí, cada cual añadiendo su propio sello. Así la Comunidad Valenciana tiene la senyera coronada, es decir, la corona del antiguo Reino de Valencia colocada a la izquierda de las barras de Aragón, sobre fondo azul. Baleares, la Comunidad de Les Illes, las mismas barras de la señera de Aragón pero con un cuartel con castillo a su izquierda sobre fondo morado. Sicilia, cuatro triángulos, dos con las barras de la señera de Aragón y dos con las águilas de Suabia-Sicilia, herederos de la casa de Hohenstaufen (luego en el 2000 la modificarían, colocando una variante del trisquel, con tres piernas flexionadas que representan la forma de la isla y, en el centro, la cara de Medusa con alas y tres espigas de trigo que habla de la prosperidad y los frutos de la tierra, a la vez que manteniendo los colores rojo y amarillo de Aragón).

Sin embargo, cuando comienza a gestarse el nacionalismo catalán a caballo de los siglos XIX y XX, lo primero que este hace es apropiarse, en la década de 1880 de la señera aragonesa y transformarla en algo propio. En lugar de respetar la historia, recurre a una leyenda inventada a mediados del siglo XVI por Pedro Antón Beuter, el cual creó un relato fantástico que el cuentista sitúa cronológicamente en el siglo IX. Consiste en que el rey franco otorgó a Wifredo el Velloso un escudo con cuatro barras rojas, producto de humedecer sus dedos en la sangre del conde herido y pasarlo a lo largo de su escudo. El cuento es una leyenda sin base alguna y con unos anacronismos históricos espantosos, en el sentido de que el conde en cuestión vivió siglos después de la batalla donde él mismo participó. Incluso, los protagonistas de este invento, Carlos el Calvo y Wifredo el Velloso no fueron contemporáneos, e incluso vivieron en siglos distintos...

Pero la parte clave de que es una fantasía es que la primera evidencia documentada que hay de las cuatro barras en Cataluña data del siglo XII, concretamente de 1150, bastantes años después de unirse los Condados Catalanes al Reino de Aragón, que ya poseía tal señera y que por tanto, lo único que hace el conde de Barcelona es añadir a su escudo familiar las cuatro barras de la bandera del nuevo reino.

En lugar de respetar el verdadero origen de la bandera de las barras, hecho demostrable históricamente, el nacionalismo catalán intoxicó a la sociedad con un cuento chino en aras de comenzar a coser el traje para una nación a imaginar. En este siglo XIX también, Jacint Verdaguer y Claudio Lorenzale trasladaron a la poesía y a la tela esta leyenda. Antes, la bandera que consideraban propia las instituciones barcelonesas y la Diputación del General (que era como se llamaba antes la Generalitat), era la bandera de San Jordi –una cruz griega roja sobre fondo blanco o plateado– y que los catalanistas abandonaron en el camino. Un proceso este de la señera, paralelo al himno de Cataluña “Els Segadors” o la Diada del 11 de septiembre (aunque de estos temas hablaré en otro apartado). Sus significados históricos nada tienen que ver con el mensaje independentista que se esgrime hoy en día, el cual se lleva a cabo dentro del proceso de construcción de una nación-estado, donde las mentiras son transformadas en verdades por los sentimientos. Eso sí, con la sectaria colaboración de algunos historiadores convertidos a novelistas al servicio de la Generalitat y a quienes la Academia debiera retirarles el título.

Catalunya pues, no tiene bandera propia. La que se expone como tal y que recoge el Estatuto catalán de 1979 y en el reformado de 2006 (pero que ni siquiera asumía el Estatuto de autonomía catalán de 1932), es la del antiguo Reino de Aragón. La Comunidad Autónoma Aragonesa es la heredera natural de la señera. El increíble hecho de que haya otra comunidad autónoma con la misma bandera es inaudito. Imaginemos que a la Comunidad de Madrid, por ejemplo, se le hubiera ocurrido colocarse como tal, la bandera canaria azul, blanca y amarilla de las siete estrellas verdes. De denuncia. Creo que las banderas no tienen copyright. Si lo tuvieran, Aragón se habría forrado con los royalties que le debiera pagar Cataluña.

Pero como todo evoluciona, han aparecido nuevas banderas representativas de diferentes sectores de Cataluña, pero no de Cataluña, como la estelada/estrellada denominada normalmente la bandera independentista, que esta sí que ya no sería la senyera, pues además de las barras propias de la Corona de Aragón, pone, al igual que Valencia, Baleares o Sicilia, su sello particular, en este caso una estrella sobre fondo azul. Independientemente del significado que cada cual le quiera dar (en Canarias la bandera de las siete estrellas verdes es independentista o no, según quien la enarbole). Surge a mediados del siglo XX, aunque fue ideada por Vicenç Albert Ballester, director de la revista La Tralla en 1918. La consideraría suya el grupo Estat Catalá y Francesc Maciá durante la Guerra Civil de 1936 y sería recogida por grupos independentistas durante el franquismo y la transición democrática, hasta ser reivindicada en la actualidad por el partido ERC y toda la parafernalia publicista del consumo. En ese sentido, el nacional-catalanismo independentista ha sido el primero en no identificarse con la bandera de las cuatro barras como tal, y reconocer que la senyera / señera no es su seña identitaria.

4.- Els Segadors / Los Segadores / Es Segadors

Además de la lengua y la señera aragonesa, hay dos símbolos nacionalistas catalanes fundamentales: el himno de Els Segadors y la Diada, el 11 de septiembre, Día de Cataluña. Como los anteriores, estos dos últimos también han sido manipulados en beneficio de la construcción artificial de un estado-nación.

La revuelta de Els Segadors / Los Segadores, o trabajadores eventuales acontecida en las Ramblas de Barcelona el Corpus de Sangre el 7 de junio de 1640, fue una protesta sangrienta de los más pobres, de los de abajo –que por cierto, como decía el lingüista y filósofo zamorano Agustín García Calvo “nunca tienen patria”– contra la nobleza catalana que los explotaba y contra el gobierno del Conde Duque de Olivares, Gaspar de Guzmán, que decidió que Cataluña –debido a la angustiosa problemática económica de comienzos del XVII– contribuyera como cualquier otra parte del territorio peninsular a las arcas del Estado, pues hasta entonces esta contribución solo recaía sobre los campesinos castellanos cuya hacienda habían agotado.

El Conde Duque propuso a la monarquía la unión de armas, con la consiguiente conclusión de que todos los reinos del imperio colaboraran cada cual en su medida con armas, hombres y dinero en la guerra, en ese momento la guerra de los 30 años contra Francia. A Cataluña, al ser frontera con “el francés”, llegaron los tercios compuestos por gente de muchos países y no precisamente castellanos. Entre los abusos de los ejércitos por los pueblos y la negativa de las instituciones catalanas a contribuir económicamente al sustento de la monarquía, unido al hartazgo de esta, que solucionaba los problemas catalanes de bandolerismo y otros varios sin que la Generalitat se involucrara, el conflicto se recrudeció.

Entre guerras e impuestos, los más rebeldes gerundenses se fueron a Barcelona y al encontrarse con los segadores en la procesión del Corpus estalló la revuelta. Asesinaron al catalán Marqués de Santa Coloma, que en ese momento era el virrey, y a continuación asaltaron numerosas mansiones de los nobles barceloneses. El descontento fue aprovechado por el representante eclesiástico de la Generalitat, Pau Claris quien, al no poder parar la revuelta,

y ante la presión militar del monarca español Felipe III, terminó pactando obediencia sin condiciones al Rey de Francia Luis XIII.

Consumado el hecho, Cataluña comprobó que Francia no respetaba sus instituciones, como sin embargo sí lo hacía el Imperio español de los Austrias. La autonomía catalana bajo el dominio francés duró un mes, diciembre de 1640, tras la cual Cataluña se convirtió en un vasallaje hacia Francia. El descontento catalán fue patente de inmediato, exiliándose al resto de España la nobleza catalana, mientras se conspiraba en Cataluña en todos los frentes contra Francia. Por fin en julio de 1652 retorna de nuevo a la monarquía española. La segregación había durado 12 años pero de la misma tomaron nota tanto las instituciones catalanas como la monarquía de los Austrias. Apareció así el “neoforalismo” del reinado de Felipe IV y Carlos II y que no era otra cosa, como dice el catedrático de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona Ricardo García Cárcel, que “la voluntad de la sociedad catalana y de la monarquía de buscar escenarios de encuentro, formas de colaboración y criterios de flexibilización de los respectivos principios”.

Esta era de entendimiento entre el Imperio y las instituciones catalanas es la que enlaza con el conflicto de la Guerra de Sucesión (1705 / 1714) y por la que Cataluña optó por la monarquía española de los Austrias en lugar de la francesa de los Borbones. Pero esta cuestión más adelante pues ha sido tergiversada más que ninguna.

¿Dónde está pues la manipulación del hecho histórico de El Segadors por parte de un movimiento político que entra en la escena dos siglos y medio después y que nada tiene que ver con estos acontecimientos?

Primero.- Lo que era entonces la nobleza catalana y el reinado de Felipe IV, el cual gobernaba un imperio y con ejércitos de mercenarios, el nacional-catalanismo lo llama ahora Castilla y España, cuando Castilla apenas tenía gente en los ejércitos, los cuales eran de otros países y además, como tal Castilla había sido aniquilada cuando la revuelta de Los Comuneros por Carlos V. Respecto a la España que conocemos, no existía pues nace con las Cortes de Cádiz en 1812 y entonces, en 1640, lo que había era un Imperio de múltiples reinos con Nápoles como su ciudad más grande. Olvida además que Els Segadors / Los Segadores se rebelaron contra la propia Generalitat, contra todos los ricos catalanes, y contra los ejércitos de mercenarios de Felipe IV que andaban haciendo de las suyas

por los pueblos, pero apoyando totalmente a la monarquía y en unión con el resto de la Península.

Segundo.- La nefasta separación de Cataluña del Imperio de los Austrias, su vasallaje al francés y la posterior vuelta a la monarquía hispánica durante los dos siguientes reinados (la última época de Felipe IV y Carlos II) que constituyó una época dorada, se olvida por completo. Se borra racionalmente de la conciencia colectiva, como también se va a ignorar cuando hablemos de la Diada, la apuesta de parte de Cataluña por la monarquía española de los Austrias con la que congeniaban muy bien, en lugar de otra parte de Cataluña apostar por la de los Borbones, y que nada tiene que ver con independencia alguna o estado nación a constituir.

Es decir, lo que fue una rebelión social de los sin techo, Els Segadors / Los Segadores contra la propia élite catalana y los mercenarios y políticas de Felipe IV, el nacional-catalanismo lo convierte en la rebelión de Cataluña contra Castilla (que no existía) y contra España (que tampoco existía). Todo un milagro.

De esta época del siglo XVII, y de las políticas por parte de la monarquía de involucrar en las finanzas del gobierno del Imperio a todos sin excepción, es cuando nacen dos mitos y falsedades. Una la de la Cataluña rica, insolidaria y egoísta, al no querer contribuir con hombres y dinero a la monarquía, pero admitir sin embargo que esta solucionara todos sus problemas en el país. Según cuenta también el catedrático de la Autónoma de Barcelona citado, este mito lo espolearon intelectuales de la época como Quevedo o Lope de Vega.

El otro mito, también falso y tendencioso, es el de la tiranía y el despotismo de Castilla alimentado desde Cataluña ante las políticas de Felipe IV y que también es falso. (“De la sang dels castellans, farem tinta vermella per pintar les quatre barres i una estrella”. En español: “de la sangre de los castellanos haremos tinta roja para pintar las cuatro barras y una estrella”, dice una de tantas letras falsas y violentas dels Segadors y que oí una vez en un bar de la Costa Brava). ¿Es este el pacifismo y el respeto a que se refiere el actual president Artur Mas en su enfrentamiento con el resto de España?

Del primero siguen bebiendo los que en la actualidad dicen que Cataluña se lleva todo el dinero. Y de los segundos, con el presuntamente corrupto Jordi Pujol a la cabeza, aquello de que “España nos roba”. Mi conclusión ante estas dos falsedades es que, como cuando Els Segadors / Los Segadores, quien

roba a Cataluña son los propios catalanes corruptos, de la misma manera que al resto de España, quien la hunde en la crisis y la miseria son los propios tocayos de aquellos con sus dineros en paraísos fiscales, y unos presupuestos donde a lo público se le recorta todo en beneficio de la Banca y las políticas privatizadoras.

En España, y en esa parte del territorio español llamada Cataluña, si volvieron Els Segadors –aparte de que no se reconocerían en el himno– se irían directamente a la Generalitat a por Artur Mas y su gobierno, ante las políticas antisociales de toda su legislatura. Y creo que no tendrían piedad de ellos aunque cantaran emocionados a pulmón el falso himno de Els Segadors / Los Segadores, o se pusieran a bailar una sardana en la plaza Sant Jaume.

Para terminar, decir que la letra del himno es de Emili Guanyavents (1899) y es una letra política y reivindicativa en la línea que quiso el nacionalismo de la “Unió Catalanista”, que provocó una gran polémica, pues está basada en un romance también manipulado del filólogo Manuel Milá y Fontanals (1882,) que lo recoge en su “Romancerillo catalán”, y cuya letra no tiene nada que ver con el interés nacionalista que luego le imprime Emili Guanyavents. La música tampoco tiene nada que ver con aquellos hechos de 1640 y la compuso en 1892 –también cuando surge el nacionalismo catalán– Francés Alió, basada en una canción existente que nada tenía que ver tampoco con el tema.

Español

Cataluña, condado grande,
 quién te ha visto tan rica y llena!
 Ahora el rey Nuestro Señor
 declarada nos tiene la guerra.
 ¡Segad a ras!
 Segad a ras,
 que la paja va cara!
 ¡Segad a ras!
 El gran conde de Olivares
 siempre le susurra a la oreja:
 –Ahora es hora, nuestro rey,
 ahora es hora que hagamos guerra–.
 Contra todos los catalanes,
 ya veis cuál han hecho:
 siguieron villas y lugares
 hasta el lugar de Río de Arenas;
 han quemado un sagrado lugar,
 que Santa Paloma se llamaba;
 queman albas y casullas,
 y caporales y patenas,
 y el Santísimo Sacramento,
 alabado sea por siempre.
 Mataron un sacerdote,
 mientras la misa decía;
 mataron un caballero,
 en la puerta de la iglesia,
 Don Luis de Furrià,
 y los ángeles le hacen gran fiesta.
 El pan que no era blanco
 decían que era demasiado negro:
 lo daban a los caballos
 sólo por asolar la tierra.
 Del vino que no era bueno,
 abrían los grifos,
 lo echaban por las calles
 sólo para regar la tierra.
 En presencia de sus padres
 deshonoraban las doncellas.
 Dan parte al Virrey, (*catalán*)
 del mal que aquellos soldados hacían:

–Licencia les he dado yo,
 mucha más se pueden tomar–.
 Sintiendo respuesta parecida,
 enarbolan la bandera;
 en la plaza de San Jaime,
 fueron las dependencias.
 A vista de todo esto
 es alborotada la tierra:
 empiezan a quitar gente
 y enarbolar las banderas.
 Entraron en Barcelona
 mil personas forasteras;
 entran como segadores,
 como éramos en tiempo de siega.
 De tres guardias que hay,
 ya han matado a la primera;
 mataron al Virrey,
 en el entrante de la galera;
 mataron a los diputados
 y los jueces de la Audiencia.
 Estad alerta, catalanes;
 catalanes, estad alerta:
 mirad que así os lo harán,
 cuando estén en vuestras tierras.
 Fueron a la prisión:
 dan libertad a los presos.
 El obispo los bendijo
 Con la mano derecha y la izquierda:
 –¿Dónde está vuestro capitán?
 ¿Dónde está vuestra bandera?–.
 Sacaron al buen Jesús
 del todo cubierto con un velo negro:
 –Aquí está nuestro capitán
 esta es nuestra bandera–.
 A las armas catalanes,
 ¡Que nos ha declarado la guerra!
 ¡Segad a ras!
 Segad a ras,
 ¡Que la paja va cara!
 ¡Segad a ras!

Catalunya, comtat gran,
 qui t'ha vist tan rica i plena!
 Ara el rei Nostre Senyor
 declarada ens te la guerra.
 Segueu arran!
 Segueu arran,
 que la palla va cara!
 Segueu arran!
 Lo gran comte d'Olivars
 sempre li burxa l'orella:
 –Ara es hora, nostre rei,
 ara es hora que fem guerra–.
 Contra tots els catalans,
 ja veieu quina n'han feta:
 seguiren viles i llocs
 fins al lloc de Riu d'Arenes;
 n'han cremat un sagrat lloc,
 que Santa Coloma es deia;
 cremen albes i casulles,
 i caporals i patenes,
 i el Santíssim Sagrament,
 alabat sia per sempre.
 Mataron un sacerdot,
 mentre que la missa deia;
 mataron un cavaller,
 a la porta de l'església,
 en Lluís de Furrià,
 i els àngels li fan gran festa.
 Lo pa que no era blanc
 deien que era massa negre:
 el donaven als cavalls
 sols per assolar la terra.
 Del vi que no era bo,
 n'engegaven les aixetes,
 el tiraven pels carrers
 sols per regar la terra.
 A presencia dels parents
 deshonoraven les donzelles.
 Ne donen part al Virrei, (*catalá*)
 del mal que aquells soldats feien:

–Llicència els he donat jo,
 molta més se'n poden prendre–.
 Sentint resposta semblant,
 enarbolan la bandera;
 a la plaça de Sant Jaume,
 n'hi foren les dependències.
 A vista de tot això
 s'és avalotat la terra:
 comencen de llevar genti
 enarborar les banderes.
 Entraren a Barcelona
 mil persones forasteres;
 entren com a segadors,
 com érem en temps de sega.
 De tres guàrdies que n'hi ha,
 ja n'han morta la primera;
 ne mataren al Virrei,
 a l'entrant de la galera;
 mataren els diputats
 i els jutges de l'Audiència.
 Aneu alerta, catalans;
 catalans, aneu alerta:
 mireu que aixís ho faran,
 quan seran en vostres terres.
 Anaren a la presó:
 donen llibertat als presos.
 El bisbe els va beneir
 Amb la ma dreita i l'esquerra:
 –On es vostre capità?
 On és vostre bandera?–.
 Varen treure el bon Jesús
 Tot cobert amb un vel negre:
 –Aquí és nostre capità,
 aquesta es nostre bandera–.
 A les armes catalans,
 Que ens ha declarat la guerra!
 Segueu arran!
 Segueu arran,
 que la palla va cara!
 Segueu arran!

<i>Catalán</i>	<i>Español</i>
Catalunya, triomfant, tornarà a ser rica i plena! Endarrera aquesta gent tan ufana i tan superba!	Cataluña, triunfante, ívolverá a ser rica y plena! ¡Atrás esta gente tan ufana y tan soberbia!
Bon cop de falç! Bon cop de falç,	¡Buen golpe de hoz! ¡Buen golpe de hoz,
defensors de la terra! Bon cop de falç!	defensores de la tierra! ¡Buen golpe de hoz!
Ara és hora, segadors! Ara és hora d'estar alerta! Per quan vingui un altre juny esmolem ben bé les eines!	¡Ahora es hora, segadores! ¡Ahora es hora de estar alerta! Para cuando venga otro junio ¡añilemos bien las herramientas!
<i>(tornada)</i>	<i>(estribillo)</i>
Que tremoli l'enemic en veient la nostra ensenya: com fem caure espigues d'or, quan convé seguem cadenes!	Que tiemble el enemigo al ver nuestra enseña: como hacemos caer espigas de oro, cuando conviene segamos cadenas.
<i>(tornada)</i>	<i>(estribillo)</i>

La manipulación y falsificación de la letra por el nacionalismo catalán para usarlo cara a sus intereses fue ya un escándalo a finales del siglo XIX. Nada menos que Mosén Jacinto Verdguer dejó escrito, cuando supo que se iba a producir ese cambio, lo siguiente:

“...pues no creo que haya en Cataluña quien la pueda hacer de mérito igual ni de buen trozo. Y cuando ese poeta exista, y cuando saliese con una

canción más bonita e inspirada ¿qué catalán no la dejaría por la antigua? ¿Qué hijo cambiaría las joyas de su madre por otras, aunque fueran estas las mejores del mundo? La antigua verdadera canción de “Els Segadors” es, todo en una pieza, una página de nuestra historia... una procesión de fe de nuestros abuelos... Quien les quiera quitar eso, que no diga que les quiere”.

Yo les diré quién “cambiaría las joyas de su madre por otras o la letra de las canciones por las que derramaron la sangre nuestros antepasados: ¡iiiLos apátridas nacionalistas, hijos del liberalismo destructor que niega el respeto a la verdad de nuestra historia y de nuestras tradiciones!!!... sea ese nacionalista jacobino y españolista, o bien catalanista y separatista. Ambos desconocedores de su historia en el mejor de los casos, o directamente traidores a sus antepasados y a sus hijos en el peor”.

La revuelta de Els Segadors buscaba la defensa de las tradiciones, de las legítimas libertades, defendía la fe de todos los españoles y proclamaba su amor por España y su legítimo Rey. Los lemas gritados durante la revuelta fueron: “¡Viva la fe de Cristo!, ¡Viva el Rey de España, nuestro Señor!, ¡Muera el mal gobierno!”, en referencia, al Conde Duque de Olivares a quien se acusaba de todos los males y barbaridades del ejército. Nada que ver con el nacionalismo catalán, o con el soberanismo e independentismo actuales, sino justo con todo lo contrario. Como dice una página especializada: “No se odia a España, ni a la monarquía ni a Dios, solo se desea el bien propio que coincide con el bien común de todos los españoles: expulsar al “mal gobierno” y que la monarquía deponga al Conde Duque de Olivares”. La manipulación ha sido tal, que de los tres gritos esgrimidos por els segadors, el nacional-catalanismo ha ignorado los dos primeros y se ha quedado únicamente con el último.

5.- El Día de Cataluña / Diada de Catalunya / Eth Dia de Catalonha

Si hay algo manipulado de una forma realmente escandalosa, en el proceso de construcción de una nación por parte del nacionalismo catalán, es el 11 de septiembre de 1714. Lo que se ha inculcado al pueblo sobre esta fecha no solo no tiene que ver nada con lo que pasó a comienzos del siglo XVIII, sino que es justamente lo contrario.

Verdades y mentiras a propósito de la Diada catalana

Verdades y mentiras con las que el nacional-catalanismo ha infectado la sociedad catalana a propósito del 11 de septiembre de 1714, cuando Barcelona fue derrotada por las tropas borbónicas:

La mentira: El 11 de septiembre de 1714 Barcelona y Cataluña fueron vencidas por España después de años de asedio a cargo de los castellanos.

La verdad: El 11 de septiembre de 1714, Barcelona sucumbió al duque de Berwick y sus tropas francesas. El duque de Berwick era Mariscal de Francia al servicio del Rey Sol y era hijo bastardo del rey Jacobo de Inglaterra. Antes de él Felipe V había puesto al mando de las tropas al Duque de Pópuli, un noble italiano que sentía una animadversión personal contra los barceloneses y que ante su incapacidad por expugnar la ciudad fue destituido.

La mentira: La guerra de 1714 fue una guerra entre España y Cataluña.

La verdad: La guerra de 1714 fue parte de la Guerra de Sucesión, realmente una primera guerra mundial que enfrentó por un lado a los aliados: Austria, Baviera, Dinamarca, Inglaterra, Portugal, Provincias Unidas (Países Bajos), la futura Italia y la España del Este (Valencia, Aragón y Cataluña), aunque también había aliados en otras partes de la península. Frente a estos aliados se formó una coalición con Francia a la cabeza, mas el resto de España, Sicilia, Baviera, el Milanesado, Luxemburgo, Flandes, Nápoles y Cerdeña. Participaron también en la contienda lo que luego serían Canadá, EEUU y Brasil y la guerra llegó hasta el Caribe. Los primeros o coalición antiborbónica buscaban entronizar en el Imperio español al austríaco Carlos III, para que no se unieran las coronas española y francesa. Los segundos, convertir en rey a Felipe V de Anjou nieto

de Luis XIV, el Rey Sol. De hecho la guerra terminó porque Felipe V, renunció al trono de Francia en la Paz de Utrecht (1713-1715).

La mentira: La Ciudadela (hoy el Parque de la Ciudadela donde se ubica el Parlament y el Zoológico) fue una humillación de España, que construyó allí una ciudadela militar para tener sometida a Barcelona.

La verdad: La Ciudadela (hoy Parque de la Ciudadela donde se ubica el Parlament y el Zoológico) fue una construcción militar represiva hecha por el ingeniero militar holandés Van Verboom que servía a la causa borbónica y a los intereses del Rey francés y Felipe V, para vigilar la ciudad sitiada tantos años. Este mismo señor holandés fue el que diseñó la definitiva trinchera de ataque que acabó con la resistencia de Barcelona a cargo del Mariscal francés Berwick. Para construir la Ciudadela se eliminó gran parte de esa zona de la ciudad, el Barrio de la Ribera (donde se ubica la célebre catedral que da nombre a una novela, “La Catedral del mar”), y el baluarte de Santa Clara, el más castigado, y se prometió a los barceloneses que los desalojados de sus casas se ubicarían en otro lado. Esto no ocurrió hasta muchos años más tarde ya en plena paz con la construcción de la actual Barceloneta.

La mentira: el 11 de septiembre de 1714 los catalanes sucumbieron ante el Ejército español apoyado por Castilla.

La verdad: El 11 de septiembre de 1714 muchos catalanes entraron victoriosos en Barcelona con el Mariscal de Francia, el Duque de Berwick al mando del ejército de las dos “coronas” (en definitiva el ejército francés de Luis XIV, el Rey Sol), tras vencer a otros catalanes, castellanos y voluntarios internacionales de la alianza antiborbónica que con el general Villaruel –castellano– a la cabeza, habían resistido durante 6 años dentro de la ciudad de Barcelona.

La mentira: La señera es la bandera que ondeaban dentro de la ciudad los barceloneses en 1714.

La verdad: La bandera que sacaban a la calle los barceloneses ante las tropas que les tenían sitiados era la bandera de San Jorge/Sant Jordi. Es la bandera real de Barcelona, y se compone de una cruz roja griega sobre fondo blanco. La señera es la de la Corona de Aragón, que el nacionalismo catalán adoptó a finales del XIX y comienzos del XX, pero no es la de Barcelona ni la que se sacaba a las calles durante la contienda. Si por los efectos de alguna

máquina del tiempo, esas que suelen verse en películas de ciencia ficción, aparecieran de repente en la ciudad en mitad de la celebración de una Diada actual, los defensores de la Barcelona de 1714, la emprenderían a bayoneta calada contra los manifestantes, al no ver ninguna bandera de San Jorge y confundirlos con los Borbones, cuyos colores eran el rojo y amarillo...

Un poco de historia

El 11 de septiembre de 1714 fue el último coletazo de la Guerra de Sucesión, que, como he dicho, fue una primera guerra mundial. Afectó a las potencias de entonces que se aliaron unas contra otras para defender sus intereses económicos coloniales. No fue una guerra de independencia de Cataluña contra España. La Cataluña de 1714 era monárquica y pretendía que en España continuara la monarquía de los Austrias. De hecho Madrid llegó a estar llena de catalanes afectos a esta monarquía y encumbrar en ella al “Carlangas”, calificativo con el que denominaban al archiduque Carlos de Austria que, con el nombre de Carlos III (no el Carlos III posterior, ya Borbón) era la opción al trono español opuesta a los Borbones franceses. Este Carlos III se terminaría retirando de Madrid, por un lado porque los madrileños no le hacían caso alguno, pero sobre todo ante el avance de las tropas francesas de Felipe V. Estableció la corte de la monarquía española en Barcelona desde 1705 a 1709, hasta que en 1711, ante la muerte de su hermano, se coronó emperador del Sacro imperio Romano Germánico en Viena, abandonando a su suerte a los catalanes que le querían como rey de España.

Al morir, Carlos II (último rey de los Austrias) había dejado la Corona de España a Felipe V de Borbón, Duque de Anjou y nieto de Luis XIV de Francia, el Rey Sol. Lo que las potencias europeas emergentes leyeron rápidamente fue, que si Francia se adueñaba de la corona española se hacía con su Imperio y, casi seguro que también con el de Portugal, lo que unido a la potencia que ya era Francia convertía este bloque en una superpotencia, que cerraba el paso para siempre a las entonces emergentes como las provincias unidas (Países Bajos), Inglaterra, Alemania (Imperio austrohúngaro), etc. Ante esta posibilidad se formó una coalición anti-borbónica contra Francia y la parte de España que apoyaba a Felipe V, compuesta por Austria, Países Bajos, Inglaterra, Portugal y como digo la España austracista (Valencia, Aragón, Cataluña...), aunque en realidad en España había austracistas y borbónicos mezclados por todo el

territorio, tanto en Castilla como en Aragón, Valencia, Andalucía, Navarra o los condados catalanes del Reino de Aragón. No hay que olvidar que ni toda Cataluña, Valencia y Aragón eran austracistas, ni todos los del resto de España borbónicos. No se había inventado aún la terminología “guerra mundial” pero esta lo era, no solo por la cantidad de países europeos enfrentados, sino porque al final de la misma las fronteras habían variado en todo el continente y además, porque también se vieron involucrados lo que más tarde serían EEUU, Canadá, Brasil e incluso el Caribe. La guerra terminó algo así como en tablas, tras recortar las posesiones imperiales hispánicas con el Tratado de Utrecht (1713) que cambiaría completamente el mapa político de Europa.

No voy a hablar más de esta guerra europea ni repetir hasta la saciedad que no fue una guerra de España contra Cataluña. La historia está ahí y solo basta con mirarla. Y para quien le resulte aburrida y le guste más la novela histórica que, aunque fantasea algunos aspectos, los fundamentales no los varía, lo mejor es leer la novela: “VICTUS, Barcelona 1714” de Albert Sánchez Piñol de Editorial La Campana. Es muy buena.

Tanto Valencia como Aragón y Cataluña optaron por la continuación de la monarquía de los Austrias, porque a diferencia del centralismo absolutista al estilo francés que traían los Borbones y el proyecto de una España políticamente vertical, los otros pretendían continuar la descentralización llevada a cabo en el reinado de Carlos II, respetando los fueros y organizaciones autónomas de los reinos históricos. Además porque la burguesía mercantil catalana –que ya estaba escaldada del francés– buscaba, al apostar por la monarquía hispánica de los Austrias, una cierta autonomía, con el fin de hacer de Cataluña un emporio comercial al estilo de Holanda o Inglaterra. Sin embargo, este objetivo se conseguiría a lo largo del siglo con el despotismo ilustrado de los Borbones, con lo que pronto Cataluña dejó de hacer ascos a los Decretos de Nueva Planta (1716) decretados por el vencedor y que liquidaba sus fueros históricos, para convertirse, con el reinado de los Borbones, en una potencia comercial. Momento histórico que algunos han definido como “la derrota que la enriqueció” y donde se forjó, a raíz de las reformas de los Borbones, la pujante burguesía que posteriormente inventó el nacionalismo que llega a la actualidad.

El 11 de septiembre de 1714 había catalanes atacando Barcelona y defendiéndola, aunque en realidad no atacaban Barcelona sino a los austracistas y los de dentro de Barcelona no atacaban a España sino a los borbónicos.

De la misma manera Barcelona estaba llena de holandeses, italianos, ingleses, austríacos, prusianos, portugueses e icastellanos! Y en el lado de los Borbones ejércitos de franceses, españoles borbónicos mal pertrechados, belgas, luxemburgueses, alemanes de Baviera, milaneses, napolitanos y gentes de Cerdeña y Sicilia. Era una guerra de una coalición de países contra otros. No de Cataluña contra Castilla o contra España. Una guerra provocada en realidad por Luis XIV de Francia, el Rey Sol, que inició una política imperialista la cual conduciría a esta guerra. Incluso cuando cayó Barcelona, donde se celebró la victoria fue en París, con un Tedeum en la catedral.

Para verlo más claro, he aquí un dato muy significativo: La Generalitat de Cataluña encomendó el mando supremo de todas sus tropas para defender Barcelona a un castellano, el General Villarroel!, con cuyo nombre, Barcelona, si quisiera hacer honor a esta época bien podía nombrar así la principal de sus arterias, la Diagonal y no una calle secundaria, con la que homenajearon a su principal defensor. Gracias a un castellano, Barcelona resistió los años que resistió, a pesar de los catalanes que la intentaban conquistar desde el lado borbónico y de los que le hacían la puñeta dentro, me refiero a los llamados despectivamente por los propios catalanes: “felpudos rojos”. O sea, la élite –nobleza y obispado– catalana que dirigía la política desde el Tinell y la Diputación del General, posteriormente Generalitat.

En realidad, Felipe V accedió al trono sin mayores problemas en 1701, y desde Madrid se desplazó a Barcelona donde celebró Cortes y se le reconoció como soberano en 1702. Pero al estallar la guerra en Europa y desembarcar los aliados en Valencia y Cataluña, un grupo de comerciantes catalanes, que estaban más que resentidos con los franceses por toda la historia anterior desde “Els Segadors” y por su proyecto absolutista, firmaron un acuerdo político y militar con los aliados, el Pacto de Génova (1705), involucrándose en el apoyo a Carlos III de Austria que creían que era mejor para sus intereses que el francés Felipe V. La guerra terminó prácticamente en España en 1708 tras caer Almansa (1707) y luego Valencia y Aragón (Lleida en 1707 y Tortosa en 1708). Con lo cual, la resistencia barcelonesa con el castellano general Villarroel al frente, se mantuvo en realidad seis años más. Firmado el Tratado de Utrecht en 1713, las potencias del Pacto de Génova (Inglaterra y Austria principalmente) se desentendieron de la ciudad condal, dejando Barcelona a su suerte y cayendo en manos de Francia (o de Felipe V de Borbón si se prefiere) en 1714.

Algunos nombres propios más importantes de la Diada del 11 de septiembre de 1714, donde es fácil observar que Francia era la causa última de esta contienda

- Antoine de Bardonenche, capitán francés.
- Jordi Bastida, militar aragonés.
- Frances Alemany, noble catalán que votó en contra de defender la ciudad.
- Baldiri Batlle, noble catalán que votó en contra de defender la ciudad.
- Antoni Berenguer, diputado militar catalán que encabezó una expedición para levantar el país siendo arrestado y juzgado al volver por incompetente.
- General Antonio de Villarroel, militar castellano que fue elegido comandante de Barcelona por el Gobierno catalán para defender la ciudad, adorado por los barceloneses y que luchó hasta el final.
- Van Verboom, militar holandés constructor de La Ciudadela.
- Vendôme, mariscal francés enviado para ayudar a Felipe V.
- Antoni València, noble barcelonés que votó en contra de oponerse a los Borbones.
- Guido Rudiger von Starhemberg, militar austríaco y virrey de Carlos III en Cataluña que abandonó Barcelona a su suerte tras el Tratado de evacuación de las tropas aliadas.
- James Stanhope, aristócrata militar inglés.
- Sauveboeuf, militar francés muerto en el asedio.
- Santa Cruz (padre e hijo), militares catalanes al mando del Cuerpo de Ingenieros de Barcelona que desertaron y se pasaron a las tropas borbónicas.
- Nicolau de Sant Joan, político catalán partidario de entregar Barcelona a las tropas borbónicas.
- Benet Sala, obispo de Barcelona que medió para que Barcelona claudicara y se entregara a las tropas borbónicas.
- Gregorio de Saavedra y Portugal, militar austracista que defendía Barcelona de las tropas borbónicas.

- Lluís Roger, noble catalán que votó en contra de que Barcelona se armara contra Felipe V.
- Josep Pou, médico catalán que ofreció la rendición de la ciudad a espaldas del gobierno catalán.
- Duque de Pópuli, noble italiano al servicio de Felipe V que dirigió durante un tiempo el asalto a la ciudad condal.
- Dídac Pallarés, ciudadano barcelonés que formaba parte de La Coronela o milicia de la ciudad.
- Duque de Orleans, aristócrata y militar francés.
- Josep Moragues, catalán que combatió a los borbones fuera de la ciudad y cuyo cráneo una vez ejecutado estuvo 10 años en las puertas de la ciudad.
- Enmanuel Ferrer, catalán partidario de resistir a las tropas borbónicas.
- Henry de Massue de Ruvigny, conde de Galway, noble militar inglés de origen francés.
- La Motte, teniente coronel francés herido durante la batalla de Santa Clara.
- Francesc de Castellví, catalán que se exilió a Viena bajo el emperador Carlos dedicando su vida a escribir la crónica sobre la guerra de Sucesión.
- Rafael Casanova, abogado catalán que aunque asumió el poder político durante el asedio, siguió luego como abogado con los Borbones.
- Duque de Berwick, mariscal francés que estaba al mando de las tropas de las dos coronas que asaltó Barcelona el 11 de septiembre de 1714.
- Francesc Costa: artillero catalán.
- Carlos III, pretendiente austríaco al trono español que estableció la corte de la monarquía española en Barcelona.
- Felipe V, Duque de Anjou y nieto del rey Sol de Francia pretendiente Borbón al trono español y que lo consiguió.
- Luis XIV, el rey Sol de Francia que celebró la caída de Barcelona con un Tedeum en la catedral de París.

(Datos tomados de la relación histórica hecha por Albert Sánchez Piñol)

6.- España y Cataluña / Espanya i Catalunya / Espanha e Catalonha

La transición, y lo que había significado la dictadura franquista, trajo aparejado la simpatía por los hechos prohibidos. Entre ellos, las identidades forjadas por los nacionalismos, que rebrotaban de nuevo dentro de un marco de teóricas libertades.

Estos se situaron empáticamente en el lugar de la izquierda, aunque en principio no lo fueran. En el caso catalán, la lucha por el Estatut, las ansias de amnistía y libertad o el auge de una de sus lenguas reprimidas, forjó un paradigma donde lo español, pasó a ser, por arte de birlibirloque y en el universo mental del nacional-catalanismo posterior a la transición, de derechas, e incluso asimilado al fascismo.

Un concepto, el de lo español, querido por aquellos como: Machado, Lorca, el anarquismo ibérico de la CNT y la FAI, partidos históricos como PSOE, PCE e incluso el propio president Lluís Companys asesinado por Franco en Montjuïc –que no era independentista– y la ERC con una Cataluña lliure dentro de la República Federal Española.

A partir de este momento, se corrió un tupido velo sobre la historia, y cualquier pensamiento que pusiera en solfa el nacionalismo o independentismo catalán, era tachado de español o *castellá*, cuando la pobre Castilla ya había sido liquidada por Carlos V en la época de Los Comuneros y de las Españas ya no quedaba sino un territorio que salía de la caverna franquista como podía. Por no hablar de la lengua española, con unos 500 millones de hispano-hablantes, la cual se planificó ser borrada por decreto de la geografía catalana.

En este espejismo histórico, la xenofobia se adueñó de un sector que, apareciendo como progresista, no hacía sino recordar al franquismo con nuevos ropajes. El independentismo catalanista se convirtió en la versión moderna del españolismo de Franco solo que hecho en, por y para Cataluña. El azul dio paso al amarillo. Dos colores diferentes, dos proyectos contradictorios, dos arquitecturas distintas, pero “la misma unidad de destino en lo universal”. Por hablar en plan LOGSE, los contenidos conceptuales del nacional-catalanismo eran ambivalentemente de izquierdas y de derechas, mientras que los procedimentales y actitudinales propios del universo

nacionalista excluyente. Más fotográficamente hablando: Nacional-socialismo, nacional-catolicismo y nacional-catalanismo, son primos hermanos. Eso sí, cada cual con sus especificidades y características propias, ideológicas y temporales y aparentemente en polos opuestos. Entre aquel grito de: “España una, grande y libre” y este de: “Visca Catalunya lliure” sólo hay diferencias de matiz.

La izquierda sigue prisionera de este espejismo, y el tortazo que se va a dar cuando despierte puede significar su desaparición en toda esa área. A no ser que se enfrente ya al nacionalismo catalán, y salga decidida y con todas las consecuencias de la caverna catalanista. Porque si se trata de superar la Transición como etapa histórica, ello debe empezar por la izquierda y en Cataluña. Si es que estos conceptos clásicos de izquierda y derecha no han sido ya dejados atrás por la actual participación ciudadana o por los contenidos del movimiento verde, con el consiguiente pragmatismo hacia la solución de los problemas concretos y del día a día de la ciudadanía.

Cataluña ¿Es o no es parte de España?

Cuando terminó el recorrido sociológico de esta aventura, donde la mentira y la manipulación histórica hicieron aparecer verdades donde no las había, chocaron las presumiblemente identidades catalana y española. Y surgió la pregunta: Cataluña ¿es o no es parte de España? Un territorio diseñado por la Constitución del 78 –e incluso ya a finales del XIX–, y acordado por todos los españoles, se creyó único y fantaseó con la independencia, azuzando a la vez viejos fantasmas imperiales: (los “países catalans”), extendiendo su nacionalismo a territorios del País Valencià, (donde a la contra denominaron a Cataluña la Valencia del Norte), parte de Aragón, sur de Francia, Baleares, parte de Murcia y alguna que otra isla más del Mediterráneo. El ridículo más espantoso, y el fanatismo irracional que niega al otro ante el simple hecho de no compartir su criterio, comenzó a formar parte también de este no país imaginario.

Lo que en este apartado quiero profundizar es precisamente en ese choque de identidades falsamente contrapuestas. Y para poner luz en los conceptos, lo mejor es hacer un viaje a vista de pájaro a lo largo del tiempo y luego analizar y comparar lo encontrado.

España es una nación-estado realmente joven. Nació en 1812 con la Constitución de Cádiz, donde al igual que otros territorios del Imperio Español (las Españas) dejó atrás a este, aunque en realidad creía que lo que estaba haciendo en ese período histórico, era liberarse del imperio napoleónico con su Guerra de la Independencia. La España actual es un producto de los nacionalismos devenidos tras la revolución francesa, como lo son también los países hermanos de medio mundo, que una vez formaban parte de aquel vasto imperio. Decir que la España actual es aquel viejo imperio del que hay que independizarse –como hace cierto sector independentista de Cataluña– es sencillamente un insulto a la inteligencia. Además de una macabra manipulación interesada.

Históricamente, el paso de múltiples culturas por la Península Ibérica: iberos, celtas, fenicios, griegos, cartagineses, judíos, romanos, godos y árabes, evolucionó hacia la ya conocida monarquía de los Reyes Católicos, que buscó siempre la unidad peninsular basada en la fusión de tres grandes reinos: Portugal, Castilla y Aragón. Junto a ellos, condados o reinos más pequeños en ellos incluidos, con sus propios fueros y costumbres, como el caso de la Gallaecia, Navarra o Al Andalus en Castilla por ejemplo, o los Condados Catalanes, el reino de Valencia y Les Illes en Aragón. Canarias, Ceuta y Melilla son la excepción geográfica pero no política pues Canarias formó parte de la corona castellana antes que Granada. No así las ciudades africanas, de las que Ceuta, que era portuguesa, quiso ser definitivamente castellana a partir de Felipe II, y, Melilla, producto de las políticas mediterráneas del siglo XV.

La historia evolucionó por otros derroteros, quedándose en un lado Portugal –que a ratos formó parte de la unidad peninsular y a ratos no– y en otro Castilla y Aragón. Dos grupos que a su vez generaron dos grandes imperios, que a veces fueron también uno solo, como por ejemplo en el reinado de los tres Felipes (Felipe II, Felipe III y Felipe IV). Lo que se llamó “las Españas” fue un inmenso territorio que abarcó los cinco continentes y que nada tiene que ver con la España actual. Al contrario, la Cataluña que ansía “romper sus cadenas” –que yo no acierto a ver cuáles ni tampoco de quién–, es arte, parte y causante de ese gigantesco Imperio Español y luego, elemento aglutinador de la España moderna y constitucional –con todos sus avatares– que tiene su origen en 1812.

Tres grandes períodos

A la hora de profundizar en la identidad catalana y/o española hay que dirigir la mirada hacia tres períodos. El primero desde la prehistoria hasta el reinado de los Reyes Católicos. El segundo desde estos hasta la Constitución de Cádiz. Y el tercero desde esta hasta la actualidad.

En el primero, y sin ir demasiado lejos so pena de perdernos por alguna caverna, nos encontramos junto a las primitivas poblaciones de iberos y celtas, con las migraciones mediterráneas y, en el caso de este territorio, principalmente fenicias. Luego romanas, con la histórica Ampurias y, ya consolidada Roma, con la provincia Tarraconense que, con sede en la actual Tarragona abarcaba más de media España actual. Tras las invasiones godas, y ya en la Edad Media, los pobladores de la actual Cataluña huyeron hacia el norte de los Pirineos en territorio francés, empujados por los árabes, siendo conocidos como “hispani” por los pobladores de las Galias, como muy bien tiene estudiado Salvador Claramunt, catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Barcelona. Carlomagno es quien, con sus incursiones contra el mundo islámico, abre una vía que llega a Barcelona con estos “hispani” y parte de los suyos, surgiendo el Condado de Barcelona que junto con otros condados aparecieron como freno contra los árabes al sur de los Pirineos, todo ello conocido como la Marca Hispánica. Al comienzo dependían del rey franco pero luego todas estas familias dejaron de hacerlo y conformaron con otros territorios la Corona de Aragón, ya en plena feudalización de la sociedad medieval. De Condes de Barcelona a reyes de Aragón y de reyes de Aragón hacia la monarquía unificada que supuso el matrimonio de Fernando II de Aragón y la portuguesa-castellana con sangre inglesa Isabel I de Castilla, los Reyes Católicos.

El segundo período es ya el que se corresponde con el Imperio Español. Desde sus inicios es parte inseparable del mismo. La estatua de Cristóbal Colón y la reproducción de las tres carabelas ancladas permanentemente en el puerto de Barcelona, junto a las Atarazanas dan fe del recibimiento de los Reyes Católicos en la Plaça del Rei al Descubridor tras su primer viaje a las Indias. Recuerdo uno de los colegios donde di clase en la ciudad condal, el Colegio Público Virrey Amat y que debe su nombre al Virrey del Perú, quien junto con muchos otros catalanes dejaron su impronta en la América española en nombre del Imperio. Más aún y por su vocación mediterránea, a lo largo y ancho de este mar, con las campañas primero de la Corona

de Aragón y posteriormente de la monarquía española: Cerdeña, Nápoles, Sicilia...

No siempre fue ideal la relación de su sociedad con el poder, pero tampoco un enfrentamiento constante, y nada, por otro lado que no ocurriera en los demás territorios peninsulares. Incluso en algunas partes de la península, más exacerbado si cabe que en Cataluña. Y así hay que recordar que la guerra dels Segadors no fue una guerra de Cataluña contra España sino contra la política del Conde Duque de Olivares, pero de apoyo total a la Corona española y ya tratado en otro apartado. Y del mismo modo la Guerra de Sucesión con el asalto final a Barcelona, que tampoco fue un enfrentamiento España-Cataluña y mucho menos Castilla-Cataluña, sino una guerra de potencias y alianzas europea y también desarrollado anteriormente, como ejemplo de la manera que tiene el nacionalismo catalán de pervertir la historia y cambiarla completamente para sus intereses.

Los reyes que se suceden a partir de 1714 provocan –aún con la supresión de fueros y los Decretos de Nueva Planta–, el enriquecimiento y progreso general de Cataluña. Fernando VI en 1755 aprueba los Estatutos de la Compañía de Barcelona para el comercio catalán en la Carrera de Indias y, en 1758, se crea la Junta de Comercio en Barcelona que lo potencia aún más y que sustituye al Consulado del Mar que había suprimido Felipe V. Tan unida está Cataluña a la corona española que el famoso sector textil de Cataluña, cuando despunta y se hace fuerte es con Carlos III –que es aclamado siempre que visita Barcelona– y que prohíbe en 1771 la importación de algodón favoreciendo así la industria catalana. En el período borbónico que europeiza y moderniza España y por tanto Cataluña, se llegan a registrar 1.263 comerciantes catalanes en ultramar. Es en esta época de alianza de la monarquía con la burguesía catalana cuando Barcelona pasa de 40.000 habitantes a 130.000, superando en crecimiento a Madrid, como documenta todo Rafael Dobado González, catedrático de Historia e Instituciones Económicas de la Real Academia de la Historia.

El tercer período arranca desde la Constitución de Cádiz, cuando el Imperio español va dando paso a las naciones, entre ellas España. La guerra de la Independencia (en Cataluña, la “Guerra del Francés”) fue un ejemplo de cómo Cataluña era parte insoslayable de España: El Bruc, la Junta Superior de Cataluña constituida en Lleida en 1808, para defender el territorio con los somatenes y migueletes y siempre con espíritu de obediencia y legalidad

hacia la Junta Central, los diecisiete diputados con que Cataluña participó en las Cortes de Cádiz, etc. son solo unos ejemplos. En esta guerra, Cataluña se mantuvo fiel a la causa común de España, y sus sentimientos patrióticos, tanto catalán como español no fueron contradictorios, siguen documentando los historiadores.

Avanzado el siglo XIX, nos encontramos con el catalán de Reus, el General Prim (la dirección madrileña Prim, 12, está estos días de moda en los informativos ante los casos de corrupción). En la guerra de Marruecos de 1860, los 40.000 voluntarios que defendieron los intereses de España eran vascos y catalanes. Destacó el general Joan Prim y su arenga en catalán en la batalla de Castillejos con un sable en una mano y la bandera española en la otra, recordando las glorias de sus mayores por el Mediterráneo, como escribe el historiador Manuel Florentín. Precisamente serían estos catalanes, uniformados con el traje tradicional y la típica barretina catalana en la cabeza, con quienes el general O'Donnell conquistaría Tetuán apoyado a ambos lados por los generales catalanes Prim y Ros de Olano. La ciudad se logró tomar gracias a un "castell" que hicieron los catalanes (la famosa torre humana catalana). Los cañones conquistados a los rifeños por los catalanes, son los que, una vez fundidos, se hallan hoy a ambos lados de la puerta principal de Las Cortes en Madrid. Más tarde serían los protagonistas de la más sangrienta batalla de la Guerra de África, la de Wad-Ras en su marcha hacia Tánger, donde Prim lanzó a los voluntarios catalanes en una feroz lucha cuerpo a cuerpo para romper el cerco. Estos hechos los inmortalizaría la Diputación de Barcelona con los famosos cuadros de Mariano Fortuny y Francesc Sans i Cabot, en el que Prim aparece rodeado de catalanes con barretina con una espada en la mano y la bandera española ondeando al fondo.

Con el final del siglo XIX y la "revolución gloriosa", entran en escena las ansias de libertad en toda España y surge el federalismo, analizado muy bien por Juan Sisinio Pérez Garzón, catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha. En este momento histórico son catalanes también los que se ponen en España a la cabeza con Pi i Margall jefe del federalismo español o Estanislao Figueras, ambos presidentes del Gobierno de España. Este federalismo perseguía la soberanía de Cataluña como parte de una España federal y dentro de la Unión Ibérica que defendía el propio Pi i Margall. Las guerras carlistas congelaron este proceso, que salta de nuevo acabadas estas con Valentí Almirall, pero en el caso de Cataluña con un partido

federal ya no como sección del español sino propiamente catalanista, en la idea de vertebrar Cataluña con España desde la igualdad.

Con el comienzo del siglo XX y la "Lliga Regionalista" de Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó, surge el nacionalismo propiamente dicho, de carácter conservador e industrialista, no dinástico y opuesto a las políticas que se llevaban a cabo. Influye en ello la Guerra de Cuba, la pérdida de las últimas colonias, los problemas económicos y la crisis de la política de la Restauración de Cánovas y Sagasta, según manifiesta Jordi Canal, de EHESS, París. Tras este proceso se construye –como se construyen todas las naciones y siempre creando de la nada un enemigo exterior–, una nación catalana imaginada y nada que ver con la historia anterior, y en donde se inventan todos los símbolos de hoy día, totalmente irreales históricamente y ya también analizados.

Con la República de 1931 todo es una lucha de los partidos nacionalistas por gobernarse autónomamente dentro de una República Española o, ante las trabas del gobierno central, amenazar con la independencia. Es cuando se crea el separatista "Estat Catalá" de Francesc Maciá en la década de 1920 y luego ERC. Eran partidos independentistas en el marco de una monarquía, pero españolistas si España se transformaba en República, lo que explica el hecho de que participaran en la misma, buscando siempre el Estatut de Cataluña dentro de una España republicana y del Frente Popular durante la Guerra Civil de 1936. Aunque mucha o más importancia que ellos, tuvo en Cataluña y para Cataluña la CNT, pues Barcelona fue siempre la cuna del mundo libertario y es una pena, cómo este ha sido superado en la actualidad por el populismo amarillo.

Tras la guerra, el franquismo cargó las tintas contra lo que representaba la izquierda, el nacionalismo y el anarquismo en Cataluña, y favoreció la burguesía catalana que, como tantos sectores de esos años, estaba plenamente enraizada en España. O sea, el franquismo que oprimía a Cataluña no era el español sino el catalán. Este es otro sofisma que se ha empleado en el proceso nacionalista catalán, en el sentido de llamar fascistas a los que no son nacionalistas y adscribirles por decreto su pertenencia al franquismo. El franquismo que oprimió al pueblo catalán era catalán y ejecutado por catalanes. Dicho de otra forma, la dictadura fue la misma para todos los pueblos de España.

En la Transición es donde ya nos encontramos bien claro el núcleo de los conflictos actuales, que se crean en un toma y daca por conseguir más autonomía. Comienzan en 1971 con la creación de una plataforma unitaria

de sindicatos y partidos de la oposición, la “Asamblea de Catalunya”, al grito de “Libertad, amnistía y estatut de autonomía” (coincidió con mi época de formación como profesor en la Escuela Normal de Magisterio de la calle Melchor de Palau al lado de Les Corts y mi primera época laboral); la llegada de Tarradellas con aquel “Catalans ja soc aquí” y Adolfo Suárez; la creación del centro derecha catalanista en 1974 con la CDC y la UDC que terminarían conformando CiU; la recuperación de los ideales de autogobierno a los que se suma el socialismo, y el panorama actual con una CiU dividida y un president Mas hijo político de un Jordi Pujol que demostró que sus intereses no estaban ni en España ni en Cataluña sino en los paraísos fiscales.

Ha ido creciendo una ERC separatista –no independentista al estilo de la histórica ERC que buscaba el autogobierno de Cataluña dentro de una España Republicana Federal– y que, de minoritaria, ha ido situándose a la cabeza de una oposición al Estado español, causante como nadie de su crecimiento y, en donde no han estado ausentes las denuncias estatales ante decisiones y acuerdos del Parlament de Catalunya, o la impugnación última del Estatut y que eran vistos como una involución.

Conclusión

Basta con leer detenidamente este resumen histórico del viaje que hacen juntos a lo largo del tiempo Cataluña y el resto de España, para observar que Cataluña es una parte de la España moderna, una parte del Imperio español y una parte de la época antigua y medieval. Y además, causa importante en todo ello. Decir lo contrario es simplemente mentir. Lo que sí es cierto es que a partir del surgimiento del nacionalismo, este construye su nación-estado imaginada. Es esa nación-estado inventada, para la que se reivindica hoy la independencia, y no para la verdadera Cataluña.

El dilema no es si Cataluña o España porque Cataluña es parte de España, sino si la Cataluña que se ha inventado el nacionalismo durante el siglo XX, tiene derecho a separarse de una España de la que la Cataluña real no solo forma parte sino que la ha construido. El problema no es elegir entre España o Cataluña, sino que hay dos Cataluñas: la real y la inventada. Dos identidades que chocan en un mismo territorio. Y que por tanto al ser la real parte del territorio español es de mal gusto no dejar votar en un referéndum al resto de sus habitantes.

No hay democracia, ni derecho a decidir, ni ejercicio de la libertad de expresión, en la política sectaria y en las estrategias ombliguistas del nacional-catalanismo ante el falso referéndum acontecido el 9-n. Sí sería un derecho a decidir, ejercitar la libertad de expresión y auténtica democracia, si votáramos todos los que creemos que Cataluña es parte consustancial de nuestra historia, de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestra sociedad. Como digo, son dos identidades las que chocan: la de quienes creen que este territorio es suyo propio y la de quienes creemos que es parte del de todos. Y por tanto en un referéndum que ignora a parte de los implicados no hay democracia que valga. La democracia es la voz del pueblo no de parte del mismo. Independientemente de razonamientos constitucionales y jurídicos. O jugamos todos, o rompemos la baraja. Porque, por un ejemplo, puestos a reivindicar hipotéticas independencias, o a pedir más apoyo económico por sus características, especificidades propias y lejanía, si algún territorio tendría más derecho que ninguno a todo ello, ese sería las Islas Canarias, que siempre estuvieron más allá del contexto peninsular donde se forjó el Imperio y la nación actual española, casos ambos en los que Cataluña fue tan protagonista o más que otros territorios peninsulares.

7.- La economía / L´economia / Era Economia

La efervescencia independentista de última generación, se ha agrandado por la actuación en materia de economía de los gobiernos de España, en concreto los del PP. Estos, han provocado sendos conflictos con sus políticas económicas, y desacuerdos entre las aportaciones al Estado de la comunidad y lo recibido por esta de aquél. No han estado ausentes las denuncias y rechazo del Estatut y de diversos acuerdos del parlamento catalán.

Pero no es oro todo lo que reluce. Ciertamente hay un desacuerdo con el Gobierno de España respecto a la redistribución de la riqueza mediante el gravamen de renta personal, en el sentido de que los territorios que más riqueza tienen y generan, más aportan al Estado, como es el caso de Cataluña. Esto hace que ante la negativa del Estado a aceptar la reivindicación catalana de una aportación menor a su financiación, haya un choque de intereses que, ante la deuda de ambos gobiernos, no tiene solución, momento en que se azuza el independentismo.

Ciertamente también es, cómo se ignora el aporte del Estado central al Govern y que no se da en otras autonomías, o las curiosidades catalanas en cuanto a sus propios códigos de barras o el IRPF, el derroche de la Generalitat en “embajadas”, en gastos superfluos empezando por la inútil subvención de la propia publicidad partidista, o las nefastas políticas catalanistas de recortes en educación, sanidad, por no hablar del desempleo o de la corrupción, donde su ideólogo más significativo Jordi Pujol, guardaba presuntamente su dinero a buen recaudo en paraísos fiscales.

Pero sin embargo, según la UE los problemas económicos catalanes vienen dados por la recesión existente en Cataluña, y no por ese subjetivo expropiación fiscal del Estado del que se siente víctima, en una España por otro lado asimétrica económicamente.

El contexto se ha aprovechado, para agudizar aún más una manipulación colosal por parte del nacionalismo catalán de toda una historia común. Lo que obliga a concluir que hay dos constantes en este conflicto: La política del PP por un lado y, por otro, la sinrazón y virulencia nacionalista que, a lo largo del siglo XX, ha hecho de la mentira histórica su didáctica cara al pueblo. Eso sí,

con el consiguiente odio emocional entre la Cataluña de arriba y la Cataluña de abajo (catalanes buenos y malos, conceptos por otro lado propios de los totalitarismos) y entre una de estas y el resto del territorio español.

Todo, aprovechando el caldo de cultivo de una recesión económica muy grave, justo el caso contrario que Escocia en pleno boom económico. Una Escocia, la de los Estuardos, que siempre fue un reino al mismo nivel que el de Inglaterra con el que formó el Reino Unido en 1707. Eran reinos distintos con instituciones diferentes. Todo lo contrario a la historia española de Cataluña.

El conflicto se ha exacerbado por tanto con las políticas del PP, pero aún sin ellas, siempre existiría. Ojalá que el siglo XXI dé la vuelta a la tortilla y el siglo XX y el nacional-catalanismo, se queden para siempre en la historia y en los libros.

8.- Una película surrealista daliniana / Una película surrealista daliniana / Una película surrealista daliniana

En una hipotética e imposible independencia, iba a ser divertido lo que ocurriría con la obra de Dalí (1904-1989), el cual no quiso saber nada de la Generalitat de Cataluña a la que ignoró por completo, donando toda su obra surrealista y su museo de Figueres al Estado español. No podría quedar en la Cataluña inventada, sino que habría que trasladarla a España, a no ser aprovechar la situación y que el Museo de Dalí fuera la Embajada de España en Cataluña.

Iba a ser divertido también lo que pasaría con todos los edificios modernistas de Gaudí y sus coetáneos –que eran y se sentían plenamente españoles, los cuales habría que trasladarlos fuera de Cataluña– como la Sagrada Familia o La Pedrera de Paseo de Gracia. Obras de arte diseñadas y hechas por arquitectos procedentes de Reus, ciudad que pertenece a Tarragona, provincia que nunca formó parte de los Condados Catalanes sino de Aragón y el Delta del Ebro.

Por tanto habría que redefinir una hipotética independencia, no en base a las delimitaciones autonómicas actuales establecidas a lo largo de los siglos XIX y XX y tras la Constitución del 78, sino después de valorar el tema tarraconense, o los deseos del Vall d'Arán de independizarse de Cataluña, ya que en este valle pirenaico se es crítico con el “colonialismo catalán”. También estudiar las zonas aragonesas que penetran en Cataluña o, incluso valorar lo que significa la propia Barcelona, la cual es tan sui géneris, que por sí misma podría ser una ciudad-estado independiente. Lo que no hay duda es que al establecer las fronteras, estas no serían las de la actual Cataluña y el conflicto sería inevitable.

Como para esta corriente separatista Cataluña no es España, la Estatua de Colón y la Plaça del Rei junto a otros edificios del Barrio Gótico de profundas reminiscencias españolas, habría que pasarlos piedra a piedra al otro lado de la frontera. Y llevarse de igual modo también las tres carabelas de la Barceloneta. La censura que, ejercida contra el equipo de filmación de la serie de TVE “Isabel”, por las entidades nacionalistas responsables de Cataluña y por la que –como en los buenos tiempos franquistas– no se les dio permiso para

filmar en la escalinata de dicha Plaza del Rei en el Palacio del Tinell, donde históricamente recibieron los Reyes Católicos a Cristóbal Colón, ya no podría tener lugar en el caso de nuevas películas al respecto. Toda esta plaza habría que colocarla en algún lugar fuera de esta Cataluña anti-española y ya la censura –ante filmaciones históricas–, no existiría. Por otro lado, el arco del Obispo del barrio Gótico, y también la catedral –de grandes recuerdos monárquicos y republicanos, o sea españoles– tendrían que ser trasladadas a la archidiócesis de Toledo.

Incluso D. Quijote de la Mancha nunca habría estado en las playas de Barcino junto al mar, y sería urgente ponerse en contacto con Cervantes para que redactara de nuevo el Quijote. Los leones de Las Cortes en Madrid, ya que fueron conquistados a Marruecos por catalanes y con un castell hecho por castelleros, habría que llevarlos a la plaza San Jaume. O no, pues de la misma forma que un referéndum parcial actual puede decidir el destino de un territorio, la decisión de otra época decidiría también por lo sucedido en esa época, y los leones serían españoles, como españoles eran y se sentían los catalanes de la Guerra de África. Aunque para buscar una solución intermedia lo mejor sería devolvérselos a Marruecos y terminar con el problema.

Como manera de contentar a todos, lo ideal sería conceder la independencia a los independentistas, pero dado en parte su antiguo origen fenicio, poner a su servicio por parte del Gobierno de España, una flota de aviones para que viajaran gratis –con la barretina frigia (actual Turquía) incluida, aunque dejando la señera que no es suya sino de Aragón– hacia su territorio original en el actual Líbano, ya que no se han adaptado después de más de 2000 años a la Península Ibérica. Además, ante el avance del EI –Estado Islámico– por la zona, serían recibidos como agua de mayo.

Eso sí, mejor con aviones de Air Europa que de Iberia, por aquello de las suspicacias territoriales. Así, los catalanes de la Cataluña histórica y real, podrían vivir definitivamente en paz en la Península Ibérica y los demás, dedicarnos a lo verdaderamente importante como dice el periódico quincenal de Unificación Comunista de España “De Verdad” que te venden por la calle y que ha lanzado el manifiesto: “Decidamos: ¡No a la independencia! / Decidim: No a la independencia!”. Manifiesto que firman un gran número de personajes del pueblo trabajador, del arte, la cultura, la ciencia, sindicalistas, políticos de izquierda y activistas ciudadanos de todo signo.

9.- Yo también quiero decidir / Jo també vull decidir / Jo tanben voi decidir

Vivimos en un tiempo de in(ter)dependencias, donde los estados no se subdividen sino que se agrupan en grandes formaciones supraestatales. Vivimos en el siglo XXI, la era de la globalización y no en el XIX, la era de las naciones-estado y las independencias. En estos tiempos, la independencia en busca de un estado-nación no es sinónimo de libertad sino de retrógrados o de grandes intereses económicos. La libertad jamás la ha traído ni la traerá un estado, si acaso, todo lo contrario: la supresión de este.

Nunca me han gustado los estados-nación. Son comunidades no naturales. Prefiero la polis, el municipalismo, donde los ciudadanos nos encontramos y en el que se da un pluralismo que hace surgir la convivencia directa. Y por tanto, la democracia directa, único lugar en el que esta es posible. Municipalismo libertario o municipalismo comunitario. Cuando sales de él solo tienes dos caminos: el estado que en nuestro tiempo ya ha sido superado por el mercado y devenido en grandes macro-estructuras burocráticas, o la utopía del anarquismo, que en la actualidad, tiene como compañero de viaje más aproximado al ecologismo: el Planeta como casa común, como “oikós” donde todos nos interrelacionamos, en una tupida red de interdependencias dentro del ecosistema.

España ya no pretende ser una unidad de destino en lo universal. Esta idea feneció con el franquismo. Ahora quien la ha resucitado y quien aspira a esa unidad patriótica en el mundo es el nacional-catalanismo. Padres tiene la criatura.

Sin embargo, la España actual debe hacer la tarea cara al futuro. Porque ya estamos en él. Y es un anacronismo la concepción de un estado como el actual. Mi modelo de convivencia supramunicipal pasa por una confederación de países libres e iguales, que uniese lo que la historia no ha hecho más que unir y los reinos y los gobiernos se han empeñado siempre en separar. Porque una cosa es una nación estado independiente, y otra muy distinta un país, una nación en el sentido de comunidad no excluyente, que quiere tomar sus propias decisiones pero, dentro de un conjunto del que forma parte.

Portugal, las diecinueve comunidades autónomas del actual estado español –con los reajustes que se quisieran hacer– Gibraltar, Andorra y los archipiélagos de la Macaronesia, debieran conformar una Comunidad de Países Confederados, dentro, naturalmente, de la UE porque entre otras cosas, es inevitable y sería suicida otro planteamiento. No hay que ser muy ducho para entender que, a lo largo de la historia, la convivencia al sur de los Pirineos se ha desarrollado en base a lo que supone una pluralidad de países diversos, pero todos ellos interrelacionados entre sí. Independencia no. In(ter)dependencia sí. Somos interdependentistas por naturaleza y por historia.

Y por tanto, debemos consensuar un modelo de convivencia plural respetando las especificidades de cada cual, y autogobernándose cada territorio pero unidos y coordinándose todos con instituciones conjuntas. Y no hay unos territorios más históricos que otros. La idea contraria es la que han extendido, de forma interesada, los nacionalismos catalán y vasco propios del siglo XX y que no van mucho más allá de este siglo. Es fácil comprenderlo si se aísla este siglo XX y el final del XIX y la irrupción en la historia de los nacionalismos.

Lo que sí sería de rigor, es que en ese trabajo de confluencia en la diversidad cara al futuro, se revisaran las provincias y las autonomías, combinando la consulta popular y la investigación histórica. Porque muchas autonomías actuales están hechas a tiralíneas y debido a circunstancias coyunturales y a veces prácticas de la Transición. No voy a poner ejemplos pero hay muchos, desde Castilla y León, pasando por la propia Cataluña hasta llegar a la división provincial de Canarias. Provincias hechas en otro tiempo y sin rigor. Comunidades o autonomías que no lo son y otras que no están diseñadas como debieran y que en definitiva sus líneas de clausura no son las reales.

Lo importante es dejar hacer en paz al propio pueblo, a los políticos y a los científicos de la historia. Todos los problemas territoriales de la vieja Hispania han llegado siempre del exterior, principalmente del “francés”, aunque también del “inglés”, elementos que hoy día no debieran ofrecer especial dificultad al ser todos compañeros de viaje en la UE. Los borgoñones con Alfonso VI terminaron desgajando el Reino de León y creando Portugal. Las alianzas también borgoñonas de los Reyes Católicos ocasionaron la entrada de los Austrias. Luis XIV, el Rey Sol, ocasionó una Guerra de Sucesión que trastocó las Españas de entonces y puso las semillas de futuras discordancias internas y territoriales que aún duran (léase Cataluña, Gibraltar o el centralismo español), además de sustituir los Austrias por los Borbones. El centralismo

francés redujo a añicos la historia de los fueros y las libertades de los reinos de España, aunque es verdad que la hizo avanzar como nunca. La Guerra de la Independencia, de nuevo el francés, ocasionó que naciera la actual nación española pero los ecos de la revolución francesa trajeron consigo las naciones y, con las burguesías industriales aparecieron los nacionalismos periféricos que están de actualidad. Cuando se quiso poner en escena la Unión Ibérica entre España y Portugal, siempre estuvieron ahí Francia o Gran Bretaña para impedirlo. Y aunque el “ancien régime” dio paso, como no podía ser menos, a otro nuevo y mejor que el anterior, se hizo a costa de muchos desencuentros. España, por historia, no es un país centralista. Lo han hecho centralista otros ya desde la rebelión de Los Comuneros de Castilla frente a Carlos V. Así que ya va siendo hora de sentarse a hablar en serio y no yendo cada gato por su gatera o cada pájaro a su nido.

No se trata solo de reformar la Constitución, sino de “reformar” la historia que el poder no dejó fluir como debiera. Saramago sonreiría desde su balsa de piedra. Es el momento de no poner fronteras a los ríos ni a los montes de la Península Ibérica, y navegar todos juntos y al lado de archipiélagos como Açores, Madeira, Salvajes, Canarias y Cabo Verde, por ese continente de agua que es la Macaronesia.

La política debe ponerse manos a la obra, y no empeñarse que cambie el sistema, para que en el fondo siga todo siempre igual. Yo puedo, tú puedes, él puede, nosotros podemos, ustedes pueden y ellos pueden. No es conjugar un verbo. Esto no es el revolucionario mayo del 68. Ni el reformista 15-M. Estamos en el mañana, donde el ecologismo y el mercado van a ser las dos fuerzas que van a enfrentarse en todos los campos. Donde el cambio más preocupante que se avecina es el cambio climático. Y la historia, quien nos tiene que arrojarnos a todos. Que la vida sea leve...

La Orotava, Islas Canarias (Macaronesia), 9 de noviembre de 2014

ACLARACIONES

El título del libro y los de cada capítulo se hallan escritos en los tres idiomas oficiales de Cataluña: el español, el catalán y el occitano-aranés.

Se emplea siempre español al hablar de este idioma y no castellano porque este no existe. Fue un idioma medieval que dejó de existir como tal al pasar a América, mezclarse con otras lenguas y devenir en el idioma actual. Esto es algo que reconocen todos los lingüistas y que solo los choques entre el Imperio Español y las naciones-estado americanas en el siglo XIX, o, en el caso peninsular, centralismo-periferia nacionalista en el siglo XX, ha llevado a su uso erróneo.

Para algunos datos históricos y lingüísticos se han consultado trabajos de los historiadores o lingüistas citados en el propio texto y por tanto ya no se nombran aquí. También se han consultado revistas de historia especializadas como: “Historia-National Geographic”, “La aventura de la historia”, etc.

Este libro se terminó de imprimir el 6 de diciembre de 2014,
“Día de la Constitución Española de 1978”
en los talleres de Tipografía García S.L.
de La Perdoma (La Orotava)





“No hay que ser muy ducho para entender que, a lo largo de la historia, la convivencia al sur de los Pirineos se ha desarrollado en base a lo que supone una pluralidad de países diversos, pero todos ellos interrelacionados entre sí. Independencia no. In(ter)dependencia sí. Somos interdependentistas por naturaleza y por historia”.

“Al hablar de Cataluña, entiendo que lo primero es respetar la historia. Y esta ni ha sido ni está siendo respetada. Se ha llevado y se está llevando a cabo una manipulación descarada y maniquea. Y se ha hecho y se hace con el fin de enfrentar, de dividir, no de liberarse de algo. La nación-estado no trae la liberación. Si acaso, esta vendría dada por la desaparición del estado”.

“No se trata solo de reformar la Constitución, sino de “reformar” la historia que el poder no dejó fluir como debiera”.

En este libro y a propósito de Cataluña, el autor, escribe sobre “la lengua, la bandera, el territorio, la historia, los eventos nacionales como la Diada o Els Segadors, las estrategias del independentismo nacional catalanista, la economía, el derecho a decidir y un poco de humor daliniano”.